

SÉPTIMO TRIMESTRE. 22 de enero 1839.

CAPILLADA III. (59 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis perulerus dixerit non
debere unumquemque attendere
ad ludum suum, anathema sit.*

Si algun perulero digere que
cada cual no debe atender á su
juego, malos lobos le coman.

CONC. 4. GER. CAN. 7.

SAN ANTON.

Fr. Gerundio, me decian todos, no deje Vtra. Paternidad de ir á la calle de Hortaleza el dia de S. Anton á ver las vueltas, que es una de las funciones mas curiosas que hay en Madrid. «Fr. Gerundio, me volvian á repetir llegado que fué el dia, ¿no va su Rma. esta tarde á ver la funcion de S. Anton?» Y menos por curiosidad que por no defraudar las espe-

ranzas del público madrileño, que ya parece quiere hacer artículo preciso de ordenanza que Fr. Gerundio haya de decir algo de todas las funciones y notables concurrencias, no hubo remedio sino enderezar mi venerabilísima persona en dirección del colegio de la escuela Pia, que es donde me informaron se celebraba la fiesta del Santo.

Las calles todas que van á embocar en la de Hortaleza las encontré ya obstruidas de gente, lo cual me recordó desde luego los millares de solitarios que concurrían á poblar los vastos desiertos del Egipto, tan luego como se estendió por Africa y Europa la fama de los milagros del santo Cenobita Antonio allá en el siglo tercero de la iglesia. Sin embargo las trazas de las gentes no indicaban que su ánimo fuese ir á entablar una vida eremítica, ni que según aquel lugar del evangelio; «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y sígueme,» fuese su objeto como el del santo abad desprenderse de todas las riquezas mundanas para hacer vida penitente en el retiro. Aquí si alguno vende todo lo que tiene, no es para retirarse á una gruta, sino para pasar cuatro noches divertidas en Villahermosa ó en Oriente. El numerosísimo jentío que por todas las

avenidas veía concurrir, y hasta la casualidad de haber encontrado en la misma direccion á nuestra amable Gobernadora en carretela abierta, me persuadió que sería funcion digna de la presencia é inspeccion de Fr. Gerundio. Con esta idea arribé á la calle, la cual en medio de ser de las mas espaciosas de Madrid y de un cuarto de legua de longitud, estaba tan repletamente llena, que mas que calle parecia una tierra sembrada de personas en año de abundante cosecha. No se podia dar un paso; si de una oleada se adelantaba un palmo de terreno, de otra se retrocedia tres varas. Sospeché si estaría Martinez de la Rosa guiando aquella muchedumbre. Si á Lopez le hubiera dado la gana de dar por alli una vuelta en el carro de la revolucion, hubiera hecho millares de víctimas.

Desde luego empezaron á sonar en mis oidos á derecha é izquierda y de frente (1) las voces de: «*panecillos del santo; del santo bendito, del santo bendito.*» Era obligacion de Fr. Gerundio inspeccionar como eran los pa-

(1) *Se interrumpe á la derecha, á la izquierda y en el centro*» decia el Presidente de la cámara de Diputados de Francia en la sesion del 8.--Yo creo que aquellas cámaras están peores que la calle de Hortaleza de Madrid en dia de S. Anton.

necillos de S. Anton, tan anunciados en los diarios y tan voceados en aquellas confiterías errantes; y entré en una de ellas. Creí que serian no mas que un compuesto de harina y sal á semejanza de los que cuenta la historia servian de alimento al santo en su caberna, y hallé que eran unos sabrosos dulcecitos, con los cuales se podia hacer no muy ingrata penitencia. Válgame Dios! dije: asi honramos los cristianos la memoria de los santos: ellos hacen austera penitencia en las grutas de los desiertos, y nosotros en conmemoracion suya nos zampamos buenos dulces en la calle de Hortaleza.

Salí de allí deseoso de ver á que se reducía la gran fiesta, pues no veía otra cosa que muchísima jente; y luchando con mil estorbos y sufriendo cien mil tropezones, llegué cerca de la iglesia y colegio de los esculapios, á cuya inmediacion quiso la buena fortuna depararme la casa de un amigo, el cual me hizo de seña desde el balcon que subiese. Yo acepté el ofrecimiento con la mejor voluntad: subí, y puesto á su lado hacía perfectamente mis observaciones, al revés que la generalidad de los hombres, que apenas se colocan en altos puestos se les hacen los ojos caudelillas y no ven

gota de cuanto debajo de ellos pasa.

Desde allí ví venir en direccion de la iglesia una porcion de ginetes en cabalgaduras de todas clases, condiciones y gerarquías: caballos á quienes la naturaleza ó los padecimientos por la causa de la libertad escluian de los peligros de la presente requisa. Mulas y mulos, en cuyos semblantes se veia pintada la satisfaccion y la tranquilidad, y en los cuales leia yo los deseos que interiormente llevaban de encontrarse con el duque de Gor para mostrarle su gratitud por la proposicion que ocasionó el que el gobierno retirase su proyecto de requisicion mular. Pollinos y pollinas tan engalanados como el famoso y célebre de la fábula de Iriarte. De sus orejas colgaban cintas y penachos: y á la manera que Enrique IV en la batalla de Ybrí les dijo á sus tropas: «Seguidme, y donde veais el penacho de mi sombrero, allí será el mayor peligro y lo mas reñido de la batalla;» así parece que iban diciendo los pollinos: «miradnos, y donde veais ondear estas plumas, allí está lo mas recio y vistoso de esta fiesta.» Erguidos y vanidosos marchaban mis compatriotas, si bien se vislumbraba la envidia con que miraban algunos los adornos en que creían les aventajaban los

compañeros, como si por eso dejaran de ser todos de una misma especie ni pudieran salir de su esfera. A juzgar por el boato se creeria que ellos ó sus dueños gozaban sueldos de Ultramar como los de la comision regia: pero despues supe que todos aquellos adornos eran prestados. Eso es para que uno se fie de cintas y de plumajes. Tan cierto es que no puede tenerse el lujo y la brillante exterioridad por el testimonio verdadero de la riqueza. Bien que desde que he sabido que hasta los testimonios de precios de granos que presentan algunos contratistas al gobierno son falsos, pues no señalan su verdadero precio sino el que en connivencia con el escribano acuerdan poner para mejor especular, ya no me fio en testimonios de ninguna clase.

Llamáronme la atención unos saquitos que advertí llevaban delante los ginetes, é interpele á mi amigo sobre la significacion de aquellos sacos; á lo que me respondió que en ellos llevaban cebada para cambiarla por cebada de S. Anton, bendecida por un sacerdote esculpio, al cual si me hubiera acercado á la iglesia le hubiera visto revestido de alba, bonete y estola, dando y recibiendo cebada, siendo costumbre dejar siempre por devocion y como

en calidad de limosna al santo mayor porcion que la que en cambio se recibe. Le interpele segun-
 gunda vez para preguntarle con qué objeto ó
 para qué usos llevaban la cebada bendita: y
 me satisfizo diciendo que era con el fin de dár-
 sela á las caballerías cuando las acometiese un
 torozon ú otra indisposicion semejante, con lo
 cual se cree piadosamente que sanan, ó libran
 del ataque. Yo le repuse que no me parecia
 la medicina mas apropósito para una caballe-
 ría acometida de torozon el darla cebada
 puesto que ella misma es la que suele ocasio-
 nar este mal. A esto me dijo que el efecto de
 sanar con la causa misma que produce el mal
 era debido á la bendicion del sacerdote hecha
 con la invocacion del nombre de S. Antonio, ó
 que al menos así lo creia el vulgo. A mi no me
 gusta chocar con las creencias populares y así lo
 dejé. Son creencias que no perjudican al estado.

A poco volvieron á pasar los mismos y en
 la misma direccion, lo cual me dió ocasion pa-
 ra interpelar al amigo tercera vez sobre aque-
 l suceso; á lo que me satisfizo diciendo que to-
 dos los que viese pasar á caballo, los volveria
 á ver una vez y otra hasta nueve, que es lo
 que se llama las vueltas de S. Anton. Reparé
 en efecto, y así sucedia. Me parece que no fue-

ron tantas las que ví dar al general Peon por las montañas de Leon y Asturias euando marchaba tras del cabecilla Sanz; pero eran esactamente por el mismo estilo: y á juzgar por la regla de los símiles, debo creer que aquel general se ensayó y amaestró en esta calle y en dias como este para dar con el tiempo las vueltas en mas ancho círculo. Interpelé á mi amigo sobre las operaciones de aquel caudillo y no supo satisfacerme. Le interpelé tambien sobre el requisito de que hayan de ser nueve, número múltiplo y cuadrado, y precisamente compuesto del *tres* que es el guarismo de los misterios. Tampoco me satisfizo á esta interpelacion. Pasó en seguida un romántico muy historiado en su caballo inglés enjaezado tambien á la inglesa, pero sin penachos y sin el saco de cebada. Interpelé al amigo preguntándole si aquel hermano daría tambien sus nueve vueltas en obsequio del santo abad; y contestóme que llevaba ya dadas no nueve sino diez y siete, y que el obsequio mas le parecia dedicarle á una Antonia que frente á nuestro balcon estaba que al S. Anton de la escuela Pia.

Pasó en seguida una turba de muchachos con las caras tiznadas de carbon, con unos felpos viejos vestidos á manera de casullas, unos

grandes cuernos á la cabeza, y otros arréos por el mismo estilo, dando voces y gritos, haciendo visajes, y corriendo como unos desesperados; lo cual constituía una especie de parodia del carnaval. Un hombre místico hubiera creído ver en aquellas extrañas figuras la imagen de los espíritus malignos que disfrazados en figuras de feos animales y feroces bestias dicen las leyendas que tentaban al santo cenobita tratando de aterrarle con espantosos ahullidos, con gritos horribles y visiones horrorosas. Pero yo Fr. Gerundio no veía en ellos sino la alegría y los caprichos de la edad pueril; de esa edad en que no afligen los males, porque no se conocen los males. Así es que yo no pude menos de esclamar: «dichosos vosotros, hijos míos, que nada temeis y por nada os alterais. ¿Qué os aflige á vosotros que Alhucemas se pierda, ni que se lleve el diablo á Melilla, ni que Ceuta y el Peñon peligren? ¿Qué os inquieta á vosotros la pérdida de 300 piezas de batir, la falta de 4000 quintales de pólvora, ni otras zarandajas como estas? Hijos míos, dichosos vosotros y Martinez de la Rosa, que por nada tomáis aprension, ni nada os quita el sueño, ni os currais de los peligros, ni los adelantos de don

Cárlos os dán inquietud! Dichoso Fr. Gerundio si pudiera tener la serenidad de un Martinez de la Rosa, ó la de un muchacho que hace su placer de tiznarse la cara, ponerse unos cuernos y dar las vueltas de S. Anton! Dios os conserve esa alma grande, y á mi me preserve de los peligros que vosotros no veis y yo sí.»

Hubiera prolongado este apóstrofe á no llamarme la atencion un furioso chichéo que debajo y frente del balcon en que mi Paternidad estaba, se levantó entre la muchedumbre; el cual fué creciendo ereciendo hasta parar en una fuerte grito acompañada de multiplicados silvídos. Como advirtiese que toda la concurrencia fijaba la vista hacia la casa donde yo estaba, y que la silva crecia con acompañamiento de burlescas risotadas, no dejé de temer si acaso yo mismo por algun descuido en el trage ó cosa tál sería el que escitase el ridículo sin advertirlo (que muchas veces suele suceder reirse una concurrencia y contribuir á la burla el mismo que sin conocerlo es objeto de ella); mas luego advertí que la visual de la turba-multa se dirigia mas arriba; ¿y qué era? que á los balcones del piso último de la casa de mi amigo se hallaban..... Señores, ¿quién lo querrá creer? ¡Nada menos que

nueve! ¡¡¡nueve!!! tantas como las vueltas de S. Anton; tantas como las musas; ¡cómo me había de figurar yo que tan cerca me hallaba de tan escogido Parnaso! Ellas debían ser muy conocidas, y yo inferí que no debía serlas nuevo el obsequio de la grita, porque ni se retiraron, ni se inmutaban siquiera. De modo que yo tenía sin saberlo, á la izquierda á *S. Antonio*, y encima *las tentaciones del demonio*.

Claro es que había de interpelar al amigo sobre tener en su casa aquel segundo colegio de escuela *pia*; á que me contestó que lo ignoraba absolutamente, y que haría al instante cargos al casero para que tomara las medidas oportunas. Pero ah! ¡Ojalá hubiesen sido aquellas solas las tentaciones! Representadas he visto en cosmorama las muchísimas que rodearon y acometieron á S. Anton en los despoblados de Heracléa; pero si bien en aquellos lugares tubo el santo la suficiente virtud y valor para resistirlas todas, apuradillo se hubiera visto el hermano si le hubiesen asaltado las que andaban por la calle de Hortaleza el día en que se celebraba su festividad el año 39. Yo iba á rezar por ellas la oración del Santo como abogado que es de las cosas perdidas, y cuando empezaba á decir: *«si bus-*

cas milagros, reflexioné que era un disparate, porque *las perdidas* que por allí había no eran pérdidas por pérdidas, sino pérdidas por demasiado halladas. Y para estas creo yo que la mejor oracion es un garrote, salvo el parecer de los peritos.

El pobre que tubiese la debilidad de dejarse arrastrar de aquellas tentaciones confiado en la virtud del Santo para curar males y pestes, creo que pagaria su confianza y temeridad; pues si bien su virtud alcanzó á curar aquella epidemia de humor cutáneo corrosivo que se declaró en Francia en el siglo once llamada *fuego sacro*, y despues *fuego de S. Anton* por haber sido efficacísimo remedio contra ella la invocacion del Santo, témo-me que no hubiera servido su invocacion contra el fuego sacro que pudieran producir las tentaciones de la calle de Hortaleza.

Viendo yo que aquella fiesta iba terminando, y que llegaba el caso de separarme de aquel amigo, creí oportuno dirigirle otra interpelacion sobre los puntos siguientes: que se sirviese darme esplicaciones sobre la conducta que había observado S. Anton en Alejandria, cuando pasó á aquella populosa ciudad instado por los obispos católicos hácia mediados del siglo cuarto: si eran auténticas las cartas al emperador Constantino que se le atribuyen al Santo; si es suya tambien la que dicen escribió al obispo arriano Gregorio: si es cierto que su cuerpo fué trasladado á Constantino-*pla* cuando los sarracenos se apoderaron de Egipto: si sus discípulos ejecutaron religiosa-

mente las órdenes que les dejó en su testamento; si es verdad que dejó una túnica á san Serapion; si fué él, como creen muchos, el fundador de la vida monástica; le pedí los expedientes que se hubiesen instruido sobre la conducta de los monges desde su institucion hasta que fueron suprimidos por Mendizabal, y finalmente, que me presentase los antecedentes de la parte que hubiese podido tener S. Anton en el estado á que nos han conducido nuestros desaciertos, y principalmente en los sucesos recientes de Alhucemas y Melilla, y en el estacionamiento del conde de Luchana en Logroño.

Cansado y aburrido ya mi amigo con las anteriores interpelaciones, tanto fue lo que acabó de sofocarle esta última sin duda por su estension y abarcamiento, que faltó poco para dar al traste con toda nuestra amistad, y lanzarme de su casa de la misma manera que lanzaria yo á Mr. Molé si el diablo le tentára venir á mi celda. Y yo me retiré, no tanto con el sentimiento de haber irritado á mi amigo con tantas interpelaciones, sino con el temor (que aun tengo) de que tan luego como el Sr. Lopez sea satisfecho en la que tiene hecha al gobierno sobre la administracion de todos los ministerios, sobre los sucesos del 7 de julio del año 22 y sobre los del 28 de octubre del 38, haga otra interpelacion á Fr. Gerundio sobre que habiendo hecho un artículo tan largo de S. Anton y sus vueltas, no ha dicho nada del cochinillo.



Al hombro..... ár.—Media vuelta..... á la deré.—De frente.... marchen.—Paso redoblado.

¿Estás loco, Tirabeque? ¿A quién diablos mandas el egercicio?—Al sofá, Señor; á ver qué tal lo hacia. Pero no se mueve este maldito. *Al hombro* te digo. Vamos, *armas al hombro*. Nada.—Pero necio, y mas que necio; ¿estás fuera de ti? Tu bebiste en la Cibeles ayer tarde cuando saliste á paseo; no puede menos. ¡Estar mandando el egercicio á un sofá! Es á cuanto puede llegar el desorden cerebral de un lego.—Dígame vd., señor; no es lo mismo sofá que escaño?—No es lo mismo; porque el sofá suele ser de paja, de pluma, de cerda ó de otra materia semejante; y escaño se llama un banco de tabla, mas ordinario y menos pulimentado; es decir, un banco rústico, que asi se distingue del sofá como un libro en viejo pergamino de otro en buena pasta. A no ser que se hable figuradamente; en cuyo caso hasta el banco, aterciopelado ministerial se suele llamar escaño.—¿Pero para hacer el egercicio no es igual escaño que sofá?—Para eso es exactamente lo mismo.—Pues entonces, ó gané yo el pleito, ó le perdió el Sr. Alaix, que dijo el otro dia en las Córtes: «desde que el gobierno tomó el mando de este escaño.» Con que yo dije; pues vamos á ver cómo se mandan los escaños; y como no habia aqui escaño, me puse á mandar el sofá.—Socarronerias tuyas. Tambien yo se lo oí, pero no hice alto. Los militares tienen sus metonímias pecu-

liares, que si no son muy parlamentarias, siempre se entiende lo que quieren significar.— Vele ahí lo que es no entenderlo, Señor; yo pensé que los escaños no podían ser mandados ni aun en metomía militar.

YA FUY Á ELLAS.

Decían que ya se echaba de ver mi falta, con que dejé los hábitos y en vez de meterme en cama á las doce á lo plebeyo, me planté en Villahermosa tan entero como mi madre me parió. Frio y desanimado estaba aquel hermoso salón cuando yo llegué; pero algo se entonó porque al fin era el único punto del globo en que había un Fr. Gerundio. Alguna mas gente fué concurriendo; pero como Villahermosa es el Senado de las máscaras, continuó frio y poco decidido. Lo único notable que allí ví fué al que llaman por ahí inhumanamente el supuesto marqués de Montevirgen, junto al cual tuve el honor de pasar rozándonos hombro con hombro.

«Me miró, yo le miré,
y fuese sin decir nada.»

En honor de la verdad, él estaba (parece increíble).... como si tal cosa. Por allí decían: «la ha perdido.» No sé si sería la careta. También andaba por allí el ex-ministro Vallgornera con un sombrero que de justicia debía ser ex-sombrero. Si le llevaba como testimonio de que él no ha salido tan rico como el otro, el cual acaba de comprar *otra dehesa* en cerca de *otro millon* de reales, era escusado, porque esa justicia todos se la haemos. Si era som-

brero de disfraz, debió llevar también máscara.

— Buen ambigú, bien servido, pero... nada el pero no vá con vds.; vá solamente con el bolsillo.

Visto lo que había tomé á Tirabeque y á otro fornido donado que con su par de naranjeros me acompañan en estos casos, por si alguno que me haya visto en las máscaras me quiere algo en la calle, y me encaminé al Príncipe á curiosear otro poco. Era la una, y ni un solo farol alumbraba ya en las calles. Todos estaban ó muertos ó dando las últimas boqueadas. Alabé la economía en noche en que todo el mundo callejéa á esas horas, y repitiendo el *ibant obscuri sola sub nocte per umbras* de Virgilio, llegué y entré en el Príncipe (teatro). Este es el Congreso de las máscaras. Mucho movimiento, mucha interpelacion, mucha trapisonda, mucho gato (que también en el Congreso hay gato, según dijo el conde de las Navas en la sesion del 19). Ambigú mas popular.... pero menos graboso al estado.

Me retiré, dormí, me levanté, leí la Gaceta: y el decreto para que se publique mensualmente en los Boletines Oficiales el ingreso y distribucion de los fondos de las tesorerías, me arrancó un voto interno de gracias al Sr. Pita; al cual le aviso que tengo noticia de que acaso se descubrirá UN GRAN GATAZO que dicen había en el ministerio de Hacienda; y se lo aviso para que sepa que está á la vista Fr. Gerundio, no sea que se trate de hacerle callar con queso. Y no me cabe, no me cabe... no me cabe mas en esta capillada.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.